

MIRET MAGDALENA

UN VIAJE SILENCIOSO

Pablo VI, el dirigente espiritual de los católicos, ha hecho un nuevo viaje.

Algunos se preguntan si es su angustiado temperamento —Juan XXIII le comparó con Hamlet— el que le lleva a desplazarse en su actividad espiritual, haciendo estos viajes diplomático-simbólicos, que caracterizan el pontificado de este Papa.

Pero la razón más profunda probablemente está en otro sitio.

En España, cuando fue elegido, le saludaron con alborozo los progresivos. Hoy le alaban bastantes conservadores. Pero, en conversaciones privadas, se sienten, unos y otros, un poco incómodos con él. Los primeros, porque les ha defraudado, según dicen, el Montini demócrata al convertirse en un Papa a quien el cargo parece ahogar con su responsabilidad. Los segundos, porque nunca llegan a creer —a pesar de ciertas advertencias de apariencia rígida que hace a los católicos el Pontífice— que haya dejado éste de ser el mismo Montini de siempre.

Este temor de los conservadores está fundamentado, porque la visión amplia de muchas de las actitudes de Pablo VI hacen ver que esos cambios y esas llamadas de atención obedecen más a un deseo de coordinación y de unidad, intentados por procedimientos más o menos diplomáticos, que a una seria advertencia, como si el Papa se hubiese convertido a las posturas ultraconservadoras. Cuando se desplazó a la O. N. U., en un momento en que la crisis del catolicismo era fuerte, sus discursos fueron abiertos, acogedores y sin pesimismo. La razón era porque se dirigía a todo el mundo y dejaba a un lado las posturas conciliadoras y eclécticas que suele usar con los católicos. Sus discursos de entonces y, sobre todo, sus declaraciones al periódico milanés *Corriere della Sera* representaban la apertura de su pensar, su confianza en el hombre moderno, su imparcialidad ante la crisis de los católicos y la aceptación sosegada de las diferencias de opinión entre los católicos.

Otros aparentes cambios de actitud del Papa son también explicable por las circunstancias personales en que él se encuentra a veces. Un caso bien claro lo tenemos al comparar dos textos sobre un mismo asunto, como es el de la acción del cristiano en el mundo. Su discurso a los tres mil congresistas del III Congreso Mundial de Apostolado de los Seglares, en octubre de 1967, desilusionó a muchos de los católicos de los cien países allí representados. Ahora —el 27 de abril último— acaba de pronunciar otro discurso, en donde da un nuevo planteamiento más abierto a la autonomía y libertad de las cosas de este mundo, porque está más sereno su ánimo que entonces y se halla restablecida su precaria salud de aquellos días. Pablo VI plantea ahora, con apertura y modernidad, la acción del cristiano en la sociedad civil de nuestro tiempo, sin ningún temor a seguir —y a citar textualmente— a los teólogos dialogantes con el mundo, aunque todos ellos sean suspectos a los ojos de los católicos conservadores. Inspirándose en los discutidos padres dominicos Congar, Schillebeeckx y Chenu, explica lo que llamó Pío XII —con confusa expresión— la consagración del mundo, y lo hace sin pretender ningún confuso dominio teocrático ni paternalismo clerical.

Algunos piensan, por eso, que estos aparentes cambios y estas actitudes eclécticas y conciliadoramente diplomáticas de Pablo VI con las divergencias católicas y con los problemas de crisis religiosa actual, le dejan personalmente insatisfecho, y se siente obligado a escoger, como complemento de muchas de sus instrucciones, algunas ocasiones significativas para expresar su postura sin lugar a dudas. Y ese es el sentido que pretenden sus viajes.

A Jerusalén, la patria de la cristiandad, quiso ir al empezar

estos simbólicos desplazamientos. Quiso también vivir la angustia del hambre en los países subdesarrollados, presentándose en la India o dirigiéndose a Colombia. Lanzó un abrazo a la cristiandad oriental en Turquía. No quiso que faltase su presencia en el organismo universal máximo que es la O. N. U. Pero, sin embargo, no se atrevió a apartarse de la devoción popular —hoy, sin embargo, tan superada en los ambientes católicos más conscientes— tal como ha estado representada en Fátima, y allí se dirigió también.

Pero ante todas estas manifestaciones religiosas, no hay que olvidar que pasa el tiempo y se produce una fuerte evolución en los cristianos. Evolución que, insensiblemente, va haciendo madurar nuestra fe, haciéndola pasar del estado infantil en que se encontraba a otro que es mayor de edad. Y para este desarrollo personal de maduración, cada vez van haciendo menos falta estas alocuciones eclécticas o estos símbolos, que cada vez impresionan menos a las masas.

Los corresponsales de la prensa mundial, que asistieron al desplazamiento del Papa a Ginebra, observaron un menor interés y entusiasmo en el público que en los demás viajes montinianos. Y en la prensa mundial la atención dedicada a este viaje ha sido menor que la que le dedicó a otros desplazamientos. Incluso sus discursos —valiosos sin duda— han sido menos comentados, lo mismo para bien que para mal.

Este es el hecho subrayado también por uno de los comentaristas religiosos más agudos, el teólogo-periodista René Laurentin: «El viaje último del Papa —en comparación con los anteriores— ha resultado silencioso».

El mismo Pablo VI ha querido codearse cada vez de mayor sencillez y silencio, aunque no siempre lo ha conseguido hasta ahora, porque muchas actitudes demasiado triunfalistas y muchos atributos lujosos de su función tienen todavía el regusto medieval que los hace anacrónicos a la sensibilidad de muchos contemporáneos. Pero el proceso de simplificación está en marcha —quiriéndolo explícitamente o sin quererlo—, como lo demuestra este mayor silencio hecho en torno a la posible significación espectacular de su último desplazamiento viajero, en el que intentaba simbolizar sus inquietudes sociales, por un lado, y las religiosas-ecuménicas, por otro.

Y esto conviene que nos demos todos —dirigentes y fieles— cuenta de ello.

El menor impacto que los gestos tienen, en un mundo como el nuestro —el mundo de la segunda mitad del siglo XX—, es porque los hombres y mujeres de hoy en día van dejando atrás su minoría de edad cultural. Antes, un monarca o un dirigente espiritual impresionaban fuertemente a las masas con su gesto o con su simple presencia. Hoy se nos hacen familiares, sin quererlo quizá ellos, porque ya no percibimos el impacto de su actitud ni el de su presencia, más o menos impresionante, como lo percibíamos, hasta hace bien poco, cualquiera de nosotros mismos.

La comunicación del dirigente —espiritual o profano— con el pueblo, cambia de signo. La prestancia personal —el culto a la personalidad— o el simbolismo del gesto empiezan a perder fuerza a ojos vistas; y la sencillez, cuanto más radical, mejor, lo mismo en posturas que en atuendo, palabras o ceremonias, es ya el único camino adecuado para transmitir el mensaje que cualquier dirigente, humano o religioso, tenga que comunicarnos.

Por eso, el silencio de las masas y la menor espectacularidad en torno a este viaje da que pensar. Y esta reflexión nos hará comprender el nuevo medio de comunicación —más sencillo, personal y dialogante— que los dirigentes del mundo religioso tienen que adoptar, superando toda espectacularidad y todo dirigismo paternalista.